

lo que tiene de mas notable Moscow es su ciudadela, conocida con el nombre de Kremlin, palabra eslava que significa *fortaleza*. Algunos czares habitaron en ella, prefiriéndola á los palacios que tenian en Moscow. y conformándose al sistema adoptado en la Edad media por todos los príncipes asiáticos, que vivian ordinariamente en grandes castillos. Napoleón I habitó tambien por el trascurso de pocos dias el Kremlin, pero las sombras de los antiguos héroes rusos turbaron, tal vez, sus sueños, vaticinándole su próxima caída.

En esta circunstancia no queremos dejar de advertir á

los lectores, que la palabra *Kremlin* es muy genérica: con efecto, los rusos la aplican indistintamente á todos los lugares fortificados, y casi todas las grandes ciudades rusas tienen sus respectivos Kremlines. Pero en atencion á que las muchas fortalezas de este mismo nombre no han adquirido tanta fama ni celebridad como la ciudadela de Moscow, su Kremlin únicamente es el que figura en la historia, cuando no se espresa que se habla de otro muy distinto.

Despues de la gran Metrópoli de la Rusia europea, San Petersburgo, y de Moscow, ciudad santa, la mas importante es Cronstad, mandada edificar en 1719 sobre el golfo de



Los boyardos del consejo intimo, ofrecen en 610 la corona rusa á Wladislas, principe de Polonia.

Finlandia, por el mismo czar Pedro el Grande. Su comercio es muy activo y estenso, sus tres puertos la constituyen depósito de las mas ricas mercancías de Europa y Asia; sus arsenales son inmensos, y siempre poblados de obreros que construyen nuevos buques de guerra; sus baterías la dan un aspecto imponente, y por la parte del mar la defiende el fuerte de Cronscholt. A esta ciudad, en fin, situada en el punto mas estrecho del golfo, que dista tan solo ventisiete kilómetros de San Petersburgo, se la considera hoy como el gran puerto y baluarte de esa magnífica metrópoli. La inundacion de 1824 la dañó mucho, pero su actividad y comercio han remediado sus pérdidas.

SEGUNDA SERIE.—1866.

Vamos á dedicar ahora un corto párrafo á la religion de los rusos. En sus tiempos primitivos fueron idólatras, como todos los demás pueblos de la antigüedad, á excepcion de los hebreos, y sus dioses fueron los de los eslavos, que divinizaron bajo formas alegóricas todos los elementos de la naturaleza, sus creaturas y las pasiones humanas. Zenitch, que representaba el sol, fué el Apolo de los eslavos; Bog, dios de las aguas, fué su Neptuno; Kúpalo lo fué de la tierra como Pluto, y de sus productos como Ceres; Dagoda fué su Céfiro; sus espíritus domésticos ó dioses lares, figuran con el nombre de Domovie-Dakie, etc., etc.

Wladimir I, idólatra entusiasta y fanático, ocupa el trono

AÑO XXIV. 2.

en el siglo IX, se convierte inesperadamente al cristianismo; lo abraza con calor y desinterés; se despoja de todas sus malas inclinaciones; introduce en sus Estados la nueva religión; manda bautizar á sus súbditos; pulveriza las estatuas de sus ídolos, y tanto por esos actos grandes y laudables, como por sus victorias y conquistas, la posteridad le ha conferido el título de *Grande*. Pero Wladimir recibió el cristianismo de los griegos constantinopolitanos después del cisma ruinoso y fatal de Focio en el siglo VI, por lo que la nueva religión no fué la católica pura, sino la griega cismática, que perpetuándose de generación en generación, es la que profesan todavía con corta diferencia los rusos. Basta, sin embargo, recorrer las páginas de la preciosa crónica de Nestor, monje de Kiew, y padre de la historia rusa, para no dudar más de que es muy grande la fuerza civilizadora del cristianismo, el cual lejos de rechazar ó impedir el desarrollo de las luces, como suponen muchos miserables, le impele y fomenta, aunque el cisma y la herejía hayan logrado desvirtuar en parte las inmensas dotes y la grandeza de esta religión santísima bajada del cielo. Con efecto, de la crónica de Nestor se deduce precisa y terminantemente que el cristianismo amansó la ferocidad de los rusos idólatras, que sacrificaban á sus dioses víctimas humanas, y que dió la primera y mas bella iniciativa á su cultura intelectual. — La traducción mas antigua de la Biblia, conocida por los rusos, se hizo en lengua eslava sobre la versión griega de los Setenta.

En 1438 el papa Eugenio IV acogió con caridad paternal en el concilio de Florencia las proposiciones del emperador de Constantinopla, que viendo acometidos por los turcos sus Estados, y necesitando el auxilio de la Silla apostólica y de los príncipes católicos, se ofreció á reunir la iglesia griega á la romana. El metropolitano de Moscow, que intervino en esa famosa y augusta asamblea, condescendió con los buenos deseos del papa Eugenio, y tuvo en premio la púrpura cardenalicia. A la vuelta á Moscow proclamó la unión en su catedral; pero ni su príncipe, ni los obispos la sancionaron, é Isidoro fué encerrado en un convento: al cabo de dos años pudo escaparse y se trasladó á Roma, en donde permaneció.

Pero las semillas muy saludables del catolicismo habian comenzado á fermentar entre los rusos, y en 1589 la unión se realizó en toda la Rusia occidental, y después del reparto de la Polonia, el número de los católicos aumentó en términos que hoy es un elemento preponderante en todo el imperio.

Nosotros muy ajenos de la política en esta circunstancia porque no es de la índole de nuestro periódico, guardamos el mas rigoroso silencio acerca de los sufrimientos de los católicos rusos ó polacos, ni queremos hablar de la antigua independencia y monarquía de estos últimos, ridiculizadas únicamente por Voltaire en una de sus cartas. Pero ¿qué podía esperarse de su cinismo impío? Acordémonos que este escritor ni siquiera respetó la nacionalidad francesa, escribiendo su infame poema: la *Pucelle de Orleans*; ¿se pretendería acaso que respetara la de la antigua Polonia? Seguimos, pues, sin mas reflexiones, y vamos á poner término á este artículo.

La Polonia recibió el Evangelio y los elementos de la civilización europea antes que Rusia, y algunas de las provincias de este vasto imperio fueron polacas. Pero la mucha proximidad de ambos países, y sus mútuas y respectivas ambiciones dieron margen á grandes intrigas y guerras muy sangrientas.

En la última mitad del siglo XVI toda la Rusia se halló sumida en una espantosa anarquía, y la hidra de la discordia, echando venenosa baba de sus bocas asquerosas, y recorriendo las ciudades mas populosas é importantes de Rusia, hizo que algunos de sus príncipes invocáran el auxilio de los polacos. Apenas entrados en Rusia dieron rienda suelta á su codicia y ambición, y perpetraron crímenes atroces, llevando á sangre y fuego muchas ciudades, sin respetar ni sexo ni edad. En tanto los Boyardos (1), en atención á que la anarquía en vez de apagarse medraba, ofrecieron la corona de Rusia á Wladislas, sin reparar en que era príncipe polaco, porque disfrutaba merecidamente la fama de jóven valeroso y discreto. Pero su padre Sigismundo III, rey de Polonia, se opuso con ahínco á esa elección por miedo de que su hijo, ocupando el trono de Rusia, intentaría apoderarse de algunas ciudades polacas, ó mas bien, porque esperaba, que prolongándose aquel estado de completa disolución, podría agregar una parte de Rusia á la Polonia. Pero, á pesar de que Wladislas no fué coronado rey, Sigismundo vió frustrados sus deseos y desvanecidas sus esperanzas, porque los rusos, capitaneados por nuevos y valerosos jefes espulsaron á los polacos de su territorio, y después de haber sacudido el yugo extranjero, confririeron la soberanía á Miguel Fiodorovitch Romanof, privando del cetro á los últimos descendientes de Rurik. La dinastía de los Romanof acabó en Isabel Petrovana, año de 1741; y la reinante es la de Holstein-Gottorf.

SALVADOR COSTANZO.

LA CUEVA DEL LAGARTO.

LEYENDA DE LA EDAD MEDIA.

I.

EL JINETE.

Dominaban aun en España los sectarios de Mahoma; mas pronto la Católica Isabel, al frente de sus leales tropas, habia de arrancarlos de la célebre Granada, último de sus baluartes. Veían los musulmanes con terror las conquistas de las cristianas tropas, presentian su ruina de un modo inevitable, y en su agonía luchaban con desesperado esfuerzo para ya que no pudiesen evitarla, hacer posible su prolongación al menos.

Los árabes, ricos en imaginación, de corazón resuelto y ánimo esforzado, luchaban con fe por su religión y sus creencias; los cristianos, de la misma manera y por las mismas causas, guerreaban con decisión y entusiasmo. Guerra santa, guerra justa, guerra noble que satisfacía á ambos combatientes sin abatir sus conciencias, y bien distinta por cierto de casi todas las demás que desde entonces acá ha presenciado nuestro hermoso suelo.

Si en vez de referir una leyenda tratáramos asunto mas

(1) Esta palabra se deriva de *boi* que significa *batalla*, porque el título de Boyardos que se dá hoy á todos los grandes del imperio, en un principio se aplicó únicamente á los generales, que acompañaban á su príncipe, cuando marchaba contra el enemigo.

serio, haríamos notables aquí los grandes bienes que la dominación de los árabes reportó á España, tanto en ciencias como en artes, como en literatura, abriendo ancho campo á las inteligencias privilegiadas para que obtuvieran un completo desarrollo, y tal vez no fuera atrevido asegurar que aquella lucha trajo á nuestro país la existencia de la unidad católica, base y fundamento de nuestras pasadas glorias.

Mas suspendamos digresiones inoportunas y entremos de lleno en materia. No lejos de Granada y en medio de un precioso valle bañado por el Genil, alzabase orgulloso castillo árabe, mostrando su arquitectura y su exterior aspecto, riqueza y poder en el dueño. Y así era en efecto: pertenecía al célebre Muley-Assen, espléndido magnate de la corte de Bohabdil. Hombre de edad, rico en talento y en fortuna, con una larga experiencia y un valor nunca desmentido, gozaba de gran prestigio en la corte y tratábale el rey con marcada deferencia. Presentábase en Granada solo en las grandes solemnidades ó cuando el monarca le llamaba á su lado para pedirle consejo; lo restante del tiempo lo pasaba en su tranquilo castillo al lado de su hija Zulima, preciosa y esbelta jóven de veinte y dos años. Lástima grande que mi mal tajada péñola no me permita escribir con natural verdad y acierto, la sublime hermosura de Zulima, mas sus negros y rasgados ojos, su blanca y pura tez, sus redondeadas formas, su diminuta boca, su perfecta nariz, la animación de su rostro era tal, que podía pasar sin duda por retrato vivo y mundano de la huri que Mahoma prometió hallarian en la otra vida aquellos de sus sectarios que como buenos muriesen. Los mas dignos cortesanos de Bohabdil habian solicitado inútilmente la mano de Zulima; mas ella decia siempre que mientras su padre viviese no se apartaría de él, si bien á lo lejos se dejaba traslucir que tales palabras eran solo un vano pretexto y no el reflejo de una profunda resolución. ¿Cuáles pudieran ser las razones que Zulima tuviera para rechazar tan brillantes partidos? Tal vez no tardemos mucho en averiguarlo; pero lo cierto es que hasta entonces nada podía haberla conducido al matrimonio, ni los deseos y consejos de su padre, ni las amorosas pláticas de sus adoradores.

Brillaba una hermosa y templada mañana de invierno, de esas que solo en Andalucía se conocen. Estendia el sol sus rayos de oro sobre la fértil vega del Genil, y la naturaleza alborozada sonreía alegremente al rey de los astros. Todo anunciaba felicidad y alegría; mas ¡ay! que no pasaria mucho tiempo sin que graves acontecimientos vinieran á dar distinta vida y diversa animación á aquellas comarcas.

Cantaban las avecillas alrededor del castillo de Muley-Assen; y si hubiéramos de dar crédito á añejas tradiciones, tal vez en sus ignotos trinos predecian cuál habia de ser el destino de los moradores del castillo y el de toda la raza que, cual en última guarida, habitaba en aquella vega.

Por la estrecha senda que á la morada de Muley-Assen conducia caminaba cabalgando en brioso corcel un personaje que, envuelto en un blanco alquicel, pretendia llegar prontamente al castillo del anciano. Seguianle cuatro hombres, que demostraban por su aspecto ser soldados. Sin duda el recién venido era respetado y querido en la mansión á donde llegaba, pues apenas echó pié á tierra cuando Muley-Assen recibíale en sus brazos.

—Alá te guarde, Mored-Alid, exclamó el anciano.

—Déte el Profeta favor, respondió el jinete.

Y ambos sin detenerse pasaron á una octógona estancia, donde despues de sentarse entablaron acalorada discusion; mas antes bueno será que conozcamos al nuevo personaje.

De elevada estatura y frisando en los veinte y cinco años, su negra y cerrada barba, su tostada tez, blanca dentadura y brillantes ojos, daban á la fisonomía de Mored-Alid belleza ruda y simpático porte. Vestía con riqueza, y de precioso cinturón pendía temible alfanje, cuya empuñadura, lo mismo que la de la daga que al retirar el alquicel dejaba verse, eran de piedras preciosas y esquisito gusto. Sujetaba las vueltas del turbante una gruesa esmeralda de tamaño extraordinario y que demostraba la distinción del dueño. Forman, pues, ambos interlocutores gran contraste; el uno jóven, resuelto, atrevido; el otro de edad, prudente y desengañado.

—Si, Muley-Assen, decia el jóven, nuestro imperio se desmorona, los cristianos van conquistando nuestros pueblos y arrinconándonos, la religion del Profeta será destruída, la cruz vencerá á la media luna. Y ¿sabes por qué? Porque no hay corazones esforzados que luchen hasta morir, porque ha degenerado nuestra raza, porque mas ocupados hoy del cuidado de los harenes y de las lides del amor, hemos olvidado el arte de guerrear, porque degradados y envilecidos, caeremos como cayó el imperio romano cuando los vicios dominaron por completo á la razon y la virtud; juntas estas circunstancias hacen que la generacion presente sea enfermiza y raquítica, y las consecuencias de esto será que, reducidos hoy solo á Granada, mañana tengamos que buscar entre nuestros hermanos de Africa mezquina hospitalidad que marque nuestra eterna deshonra.

—No creas, jóven, que no comprendo como tú la verdad de cuanto dices, y mas de una vez he pensado en lo terrible de nuestro destino. Los males que nos afligen y los que tememos no son hijos de hoy, ni de nuestra raza, ni de nuestros dias, son los resultados de pasados tiempos y errores; pero nuestro deber es luchar hasta morir, y aun por fortuna quedan varones esforzados como tú que sabrán defender su causa y su religion. Sí, combatireis y tal vez el Profeta premiará vuestros esfuerzos; lo que es preciso es que no os amilaneis, sino, por el contrario, procureis con valor y arrojo defender vuestro hogar y honrar vuestro nombre.

—Pues bien, vengo á pedirte un favor que te mostrará no es el miedo el que me hace hablar así. Sé que hoy varios caballeros cristianos saldrán del católico campamento, con objeto de explorar estas cercanías y ver si encuentran medio hábil de batirnos pronto, pues con tanto tiempo de sitio, empieza á impacientarse la reina Isabel y desea concluir cuanto antes. Solo cuatro hombres de armas me acompañan, pero si tú hicieras que tus parientes, amigos y servidores me siguiesen, yo lucharía con esos cristianos, yo les demostraría que aun somos los árabes de otro tiempo. Comprenderás las razones de no haber dado este paso cerca del rey. Enemigos personales mi padre y Bohabdil, otro hubiera llevado la gloria de la empresa y no yo. Dáme tus hombres y te prometo por el Profeta darte buena cuenta de los cristianos.

—Cuenta con ellos, pues nunca me opondré á esos deseos que tienen por objeto afianzar nuestro poder, defender nuestras creencias y poner á cubierto nuestros hogares.

Breve tiempo necesito para reunir la gente que demandas; en tanto que lo hago, pasa á ver á mi hija Zulima, que de seguro tendrá gran placer en verte.

—Ah! señor, no lo creas. Por mas esfuerzos que he hecho, nunca he podido lograr el amor de Zulima, única felicidad que anhelaba, única ilusión de mi alma; pero tu hija siempre esquivó, no dió oídos á mi cariño, no correspondió

á mis deseos: así es que tanta dicha mírola ya como vana quimera imposible de realizar,

—Tú sabes, Mored-Alid, que la union de mi hija contigo sería para mi un verdadero placer. En mas de una ocasion he procurado hacer comprender á Zulima mi deseo, pero su resolucion contraria al matrimonio ha sido mas fuerte que mi voluntad. No quiero ocultarte que tal obstinacion me aflige y causa mi única amargura. Véla sin embargo, pues estoy cierto, que sino con el cariño de amante, te recibirá, al menos, con el afecto de persona á quien yo quiero y aprecio en tan alto grado.

—Te obedezco, exclamó el jóven, y mientras el anciano partía á dar las precisas órdenes para que la gente de armas se reuniese, dirigióse Mored-Alid al camarín de la hija de Muley-Assen.

II.

ZULIMA.

Al otro extremo del castillo, existía una preciosa estancia en la que habitaba Zulima. Están las paredes forradas de damasco persa, cogines de raso recamados de oro la rodean y adornan. Ricos chales de la India sirven de cortinas; el techo forma pabellon; arabesca alfombra cubre el pavimento. Un pebetero de oro cincelado da suave y perfumado aroma que se estiende por do quier, y por último podríamos decir con nuestro célebre Zorrilla:

Sobre todo lo cual su luz derrama
el globo de una lámpara chinesca,
que una paloma de marfil calado
tiene en su pico de coral suspensa.

Respirábase, pues, en aquel sitio felicidad inmensa, alegría sin fin.

En el momento que conducimos á él á nuestros lectores, se encuentra allí Zulima sola con dos esclavas. Nadie que en tal punto la viese, podía dejar de amarla; tal estaba de bella y encantadora muellemente recostada en los blandos cogines. Conversaba cariñosamente con sus esclavas diciendo:

—No me casaré nunca, porque para casarse es necesario amor, y yo no lo siento por ninguno de los personajes que hasta ahora me han favorecido. Yo amo, sí, pero amo á una ilusion, que ni veo realizada ni la veré: mi corazon busca y necesita cariño, se desarrolla, crece, marcha, mas sin embargo, no veo á dónde vá, ni dónde parará. Amo lo desconocido, y deseo la libertad, aunque al pretender volar libre, caiga herida por mano aleva, como cae la triste tórtola ó la inofensiva cierva. Ama mi alma y no mi cuerpo, y en cuantos hombres veo á mi alrededor, solo encuentro livianos deseos y no almas dispuestas á realizar el bien. Dichosas las mujeres cristianas, si como tú me dices (añadió dirigiéndose particularmente á una de las esclavas) son libres, respetadas y queridas, y no como nosotras que bajo tupidas telas tenemos que ocultar nuestra ignominia. Amo, pues....

A este punto llegaba, cuando interrumpió la conversacion otra esclava, anunciando á Zulima la visita de Mored-Alid.

Al oír tal nombre, no pudo la jóven disimular un movimiento de disgusto, pero mandó que entrara, y despidió á las esclavas.

Llegó Mored hasta cerca de Zulima, é inclinándose ante ella, con voz entrecortada y halbucente exclamó:

—Tu padre, preciosa huri, me envía á que te salude mientras él viene á buscarme á esta estancia. Inmensa es mi felicidad al verte, terrible mi dolor al considerar que siendo mi cariño hácia ti tan vehemente como puro, solo consigo de tu corazon marcada indiferencia y afecto fingido. Mi dicha sería llamarte mi esposa. Tú, por el contrario, serías desgraciada con tal nombre. ¿Qué debo hacer para merecer tu amor? ¿Cómo podré conseguirlo? Dimelo, y te prometo que no pararé hasta cumplir el último de tus deseos.

—Ya te he dicho, Mored-Alid, que jamás podré querer ni á ti, ni á ningun hombre. Comprendo que mi negativa ofenda tu amor propio, pero no que te conduzca á extremos desesperados, y creo esto porque si yo te rechazo, no faltarán otras jóvenes que admitan gustosas tu cariño, que sean felices con amarte. Quiéreme, pues, con el afecto de la amistad; pero desecha de ti todo otro pensamiento, pues perderás tu tiempo inútilmente.

—Zulima, yo te amo como no puedes figurarte; daría hasta la última gota de sangre por tu cariño, sería feliz con una mirada tuya; no deseches mis ofertas, pues decretas mi muerte; óyeme benígna, y la felicidad reinará en torno nuestro.

—No insistas; mi mano solo la daré por amor, y no lo siento por tí.

—Pues bien, marchó al frente de los hombres de guerra de tu padre, á batir á unos cristianos que hay ocultos en estas cercanías, lucharé por tu amor contra ellos, y el cielo permita que me maten, pues al cabo moriré por tí y algo habré conseguido.

—Insensato, ¿por qué has de luchar por mi amor? lucha por tu patria, por tu religion, por tu territorio, por tus mayores y no por una mujer; ¿qué es una mujer al lado de esos grandes objetos por los cuales debes combatir? Prescinde de mí, y si tanto me quieres, no mueras cobardemente, sino por el contrario vence, y si no consigues mi cariño, alcanzarás al menos el aprecio de tu rey y de tus hermanos.

—Tienes razon, Zulima; lucharé, mataré, y al mismo tiempo que tu odio adquiriré el de los cristianos, solo que para ellos será el genio de la destruccion, para tí un sumiso esclavo.

—No mates sin motivo, no manches tu mano con sangre inocente. Vence al enemigo, pero no seas sanguinario. ¡Así ganarás el afecto de los buenos!

—¿Y tu amor podré esperarlo?

—Jamás.

—¡Déme el Profeta favor! exclamó Mored-Alid, y salió rápidamente de la estancia de Zulima, mientras ésta con sarcástica sonrisa decía:

—¡Pobre iluso! ¡busca gloria y quiere venderla por amor! ¡Me quiere por mi belleza, desconoce mis sentimientos, y cree hallar felicidad en mis brazos! Si fuese fea no se acordaría de mí. Su insistencia merece mi desdén, su cariño mi negativa.

Quedó silenciosa y pensativa Zulima, en tanto que oíase á la puerta del castillo confuso ruido de armas y de voces. Eran los allegados y servidores de Muley-Assen, que con Mored-Alid al frente, partían en busca de los cristianos.

III.

EL PRISIONERO.

Al dia siguiente, por la mañana, estaban Muley-Assen y su hija á la ventana, discurriendo tranquilamente sobre la

suerte que habria cabido á los que partieran el dia antes al encuentro de los enemigos de su religion y de su raza, cuando en lo alto de una vecina montaña divisaron grande polvareda, y aun á simple vista distinguieron oscuro tropel de gente, que al castillo enderezaba sus pasos. Al poco tiempo la tropa se habia acercado, y se veia á Mored-Alid que, al parecer triunfante, volvia á la cabeza de las tropas que á lidiar condujera.

En medio de aquel grupo de árabes, veíase caminar á un caballero cristiano, que, cubierto de rica y brillante armadura ostentaba precioso yelmo, y cabalgaba en magnífico corcel. Faltábale la espada, denotando que no era el gusto quien le conducía á aquellos lugares: su cubierto rostro no permitía ver sus facciones, mas su porte revelaba distincion y gallardía.

Llegaron al castillo, y echando pié á tierra, Mored-Alid y el cristiano subieron á la octógona pieza que ya conocemos, en donde los esperaba Muley-Assen, despues de haber dejado en su camarín á Zulima. Levantóse el anciano al entrar los recién venidos, y el cristiano levantó la rejilla del yelmo, saludándose ambos, si no con cariño al menos con esquisita amabilidad. Sentáronse despues, y Mored-Alid empezó de esta manera la narracion de su empresa:

—Ilustre Muley-Assen: parti ayer con tu gente, y no lejos de estos lugares encontré á los cristianos, no en número crecido, pero sí respetable. Comandábalos el que tienes delante, y desde luego que nos divisaron aprestáronse á luchar; y por el Profeta que lo hicieron bien, pues á no dominarlos nosotros en número, mucho temo que hubiéramos pagado caro nuestro empeño. Despues de breve rato de lucha, la mitad de los nuestros, y una tercera parte de los suyos, yacian en tierra; siguió el combate, mas viendo los cristianos que su defensa era inútil, emprendieron diestra y hábil retirada. Los perseguimos largo trecho, sin conseguir hacerles perder un hombre, mientras ellos nos causaban gran daño. Divisamos á lo lejos numerosa partida de cristianos, y temiendo nos diesen alcance, volvimos grupas. Al pasar por el sitio del combate, este cristiano estaba incorporándose, pues tan solo el fuerte golpe que recibió al caer herido su caballo, le hizo perder el sentido, y á nosotros tenerle por muerto; mas, gracias al Profeta, está sin herida alguna y prisionero á tus órdenes. El podrá decirte si mi relato es cierto; como ves, cumplí mi promesa, é hice cuanto pude.

—¿Cómo os llamais, cristiano? dijo Muley.

—Rui Lope de Herrera, capitan de las católicas tropas, respondió el prisionero.

—Mucho habeis adelantado en la milicia, pues me pareceis jóven para la graduacion que alcanzáis.

—Señor, luché con fortuna contra vosotros, y la magnánima Isabel recompensóme con largueza, mas os juro que á saber la desastrosa jornada que ayer me esperaba, antes mil veces hubiérame muerto, que quedar vencido.

—No exagereis, cristiano, vuestra suerte, pues segun la relacion de Mored-Alid, sucumbisteis al número, no á otra cosa. Era vuestro sino perder la jornada, y la perdisteis.

—Mas despues de perderla, mejor quisiera verme muerto que prisionero.

—Ofendeis á mi lealtad suponiéndome degradado por ser prisionero mío, mas yo os prometo que no estais en prision sino en vuestra casa, y que disponeis de todo como vuestro. Solamente vuestra libertad está coartada; tal trabajo procuraré endulzároslo cuanto me sea posible.

—Gracias, ilustre anciano; por algo, allá en nuestro cam-

pamento, se habla del sabio Muley-Assen con elogio y simpatía. El verdadero Dios premiará tu bondad, colmándote de favores tal como mereces.

Levantóse en esto Mored-Alid, pidiendo permiso para partir á Granada y dar cuenta de lo ocurrido; dióselo Muley-Assen, mas previniéndole que al anochecer volviera al castillo, para comunicarle reservadas órdenes. Partió el jóven musulman, y quedaron otra vez solos Muley y Rui Lope, entablado así la conversacion el primero:

—Si en vez del distinguido nombre que teneis y de la fama de que venis precedido fuérais oscuro soldado, podría ofreceros que haciendo algunas revelaciones os fuera concedida la libertad; mas ya sé que no hariais traicion á los vuestros por nada, y, sin embargo, pensadlo bien, y tal vez sin faltar á vuestros deberes pudiérais indicar algo que me diera á mi motivo para solicitar del rey vuestra libertad: muy noble será vuestro silencio; mas tambien los vuestros necesitan de vos y de vuestro valor.

—Jamás cometeré tal vileza.

—No hablemos mas del asunto, y para que veais cual os trato, voy á mostraros la joya de mas valor de mi casa, vais á ver á mi hija Zulima.

—Señor, honrado seré con tal favor. Y ambos se encaminaron á la estancia de la bella.

IV.

LA HOSPITALIDAD.

Tranquilamente recostada en ricos almohadones y pensativa se encontraba Zulima, cuando abrióse la puerta dando paso á su padre y á Rui Lope.

Suspensa quedó la jóven con tan inesperada visita; mas por cierto que mas suspenso quedó el cristiano al ver frente á sí tan peregrina hermosura.

—Aquí tienes, dijo el anciano al valeroso Rui Lope de Herrera, jóven capitan de las cristianas tropas y hecho prisionero por Mored-Alid. Ya que la suerte á tal extremo le condujo, deseo que en nosotros halle unos hermanos. Te ruego, pues, le atiendas con afecto.

—Padre y señor, procuraré complacerlos; poco valgo, mas haré lo posible porque este cristiano, si es libre algun dia, recuerde con gusto nuestra hospitalidad.

—Gracias, preciosa jóven, no sé cómo corresponder á tanta bondad.

Abrióse de nuevo la puerta y una esclava anunció que la habitacion del prisionero estaba preparada. Despidiéronse de la jóven y Muley-Assen acompañó al capitan hasta el cuarto que le habian dispuesto.

Mas ¡ay! que el jóven era otro desde que viera á Zulima, su corazón se habia enamorado de la preciosa sarracena, solo un momento la habia contemplado y ya la adoraba; mas ¿cómo hablarla, cómo verla, cómo espresarla sus sentimientos?.... ¡Terrible y angustiosa situacion!.... ¿Qué hacer en tal trance?....

En la religion encuentra el verdadero cristiano la fuente de todo consuelo, á ella volvió la mente Rui Lope, é hincando rodilla en tierra, exclamó: «Madre de Dios soberana, yo amo á Zulima con casto y puro cariño, dame tu apoyo y tal vez consiga traer á tu sacrosanta religion á esa descarriada oveja, y entonces seré dichoso pudiendo darla mi nombre y mi fortuna!» Hizo el bravo capitan ligera plegaria y levantóse mas tranquilo.

Su impaciencia no le permitia-dejar á la casualidad el

volverle á unir con la que amaba, así es que, resuelto á todo, salió de la estancia y empezó á discurrir á ciegas por los estrechos corredores del castillo.

Mas abandonemos un breve momento al capitán y volvamos á Zulima.

No bien hubieron salido su padre y Rui Lope de su camarín, cuando estraña emoción agitó su alma. La había turbado la tranquila mirada del cristiano, y su corazón hasta entonces estraño al sentimiento del amor, se abría con dulce embriaguez á delicias para ella desconocidas, á esperanzas que jamás había soñado. ¡Dichosa edad la de Zulima en que la imaginación virgen puede remontarse á ideas sublimes, siquiera estos sean distintos á las mismas creencias hasta entonces abrigadas! En una palabra, Zulima amaba á Rui Lope de la misma manera que él amaba á ella. Mas ¿y su padre? ¿Y la diferencia de religión? ¿Y la invencible repugnancia de Muley á los cristianos? ¿Y el estado escepcional de Rui Lope? Todo esto afanaba y confundía á la pobre jóven, que no teniendo como el caballero cristiano pura y santa religión á que volver su alma dolorida, rompió á llorar, y, semejando su cara raudal de perlas, buscaba en sí misma y en su puro llanto alivio y consuelo á sus penas y aflicciones.

En este estado se hallaba cuando se apareció Rui Lope en la estancia. Llevaba descubierta la cabeza, y su negra cabellera caía á grandes rizos; de tez tostada, de rostro varonil aunque melancólico, de rasgados y brillantes ojos, de hermosa dentadura, tales eran los detalles que hacían del jóven capitán, una figura verdaderamente bella y simpática. En el momento aquel la impaciencia, el amor, la fé, el temor, cuantos afectos mas encontrados existen en el corazón luchaban y combatían dentro del noble corazón del cristiano. Zulima, pálida, convulsa, anhelante, precipitase hacia Rui Lope y esclama:

—¡Ah, caballero! esponéis vuestra vida con el paso que estais dando, huid de este sitio que puede ser vuestra tumba, salvaros y no me mateis con vuestra presencia y con el temor de lo que pueda ocurrir. Huid, huid....

—Jamás, sin que antes te diga, encantadora gacela, lo que mi alma siente, lo que mi corazón quiere, lo que mi razón discurre. Verte y amarte todo ha sido uno; pero con cariño puro y santo, con cariño que tal vez tú no alcances á comprender. La existencia sin ti me sería penosa, la vida sin tu amor no la quiero. Conozco perfectamente á lo que me espongo si me encuentran en este sitio; pero estoy resuelto á todo, y por todo arrostraré con tal que tú me ames. ¿Qué respondes? ¿Qué dices?

—Huye, cristiano, huye y no causes la muerte de la mas indigna de las hijas del Profeta. Al oírte me estasio, al verte mi alma siente consuelo inmenso; pero huye, porque un abismo nos separa, y esos ensueños de felicidad que te forjas convertirán en desdichas sin cuento.

—Bien mío, contesta á mi demanda, ¿me amas?

—Sí, por mi desdicha con todo mi corazón. Mas tú comprendes como yo que este cariño es imposible. Al verte senti grata sensación que embriagaba mi alma, al escucharte siento inesplicable gozo. Te amo, sí, mas por eso mismo debes huir y evitar una desgracia; y al concluir esta palabra, como si hubiera sostenido formidable lucha, Zulima sollozando cayó desplomada en los cogines.

El capitán se arrodilló y, estrechándola la mano con amorosa pasión, la dijo:

—Dulce hechicera, la alegría me embarga y no sé cómo espresarte mis sentimientos; mas el tiempo es corto y es

preciso decidirse. Tu padre no consentirá en nuestra unión. ¿Quieres abandonar todo y seguirme? Allí te espera otra religión que abrirá nuevo campo á tus ideas, allí te aguarda la condición de libre y dueña, allí una Virgen purísima y sin mancha te cobijará bajo su manto y á su amparo la felicidad te rodeará, allí una reina cariñosa será para ti cual tierna madre y con su protección serás envidiada de todos, allí, en fin, los hombres te verán y respetarán como mereces, y el verdadero Dios te dará en la otra vida el paraíso á que son acreedoras tu virtud y tu belleza.

—¡Oh, madre mía! tus palabras responden á un eco de mi corazón. Yo buscaba en vano lo que ahora me indicas; mas ¡ay! que en este mundo nada es completo. Con unas creencias buenas ó malas he nacido, con ellas he vivido, ¿cómo podré abandonarlas? No, yo no puedo resolverme á tanto, yo no puedo dejar á mi padre, es mas, yo no debo dejarle. Aun cuando tu religión sea la verdadera y la justa, nosotros no tenemos la culpa de habernos criado con distintas ideas, erróneas si quieres, pero nativas en nuestro corazón. Comprendo y creo que la verdad está en vuestro Dios; al hablar de él siento estraña alegría; mas separarme violentamente de todo lo que hasta aquí he respetado y querido es muy duro.

—¡Ah, Zulima! tú no me amas, si me amases no hablarías así, lo sacrificarías todo á mi cariño. ¡Cuánto siento no tener elocuencia para pintarte las dichas de la religión cristiana! Allí solo la felicidad te aguarda, aquí.... aquí te espera la esclavitud eterna, el envilecimiento perpétuo, la ignominia mas atroz. Si, niña hechicera, todo esto te lo evitará mi santa religión. ¿Qué te importa el odio de los de tu raza?

—Cristiano, no es el odio de los de mi raza lo que temo, es el aborrecimiento de mi padre.

—Tu padre cederá, y tal vez llegues á convencerle. Lo principal es que tú tengas fé en la religión cristiana, que cual hija arrepentida entres en ella, y tal acto dará fé á tu corazón, tranquilidad á tu conciencia.

—Calla, que tus palabras me arrastran á faltar á mi deber.

—Zulima, no son mis palabras, son tus sentimientos. Desecha todo escrúpulo y sigue mi suerte. Ello es preciso que resuelvas pronto entre tu padre y Mahoma, ó la Virgen María y mi amor.

—¡Padre mío, perdón! exclamó Zulima arrojándose en brazos del capitán. Yo no puedo mas, me falta la fé y por lo tanto es inútil mi resistencia. Rui Lope, tuya soy, tu religión me ampare y me proteja. Procuraré convencer á mi padre, mas si no lo consiguiera te prometo seguir tu suerte.

—Zulima hechicera, el Dios justo y misericordioso premiará tus afanes colmándote de felicidades. Repíteme que me amas.

—Con cuanto amor puede mi corazón albergar; mas parte de este aposento en seguida, pues ahora cualquier desgracia que te sucediese caería sobre mi corazón y me heriría de muerte.

—Parto, pues, exclamó el capitán estampando un cariñoso beso en la mano de Zulima; mas á la media noche volveré á saber si tu padre ha cedido ó tenemos que obrar por nuestra cuenta. Mirárouse amorosamente ambos jóvenes, y mientras el capitán se alejaba, Zulima, prostrándose en el suelo, esclama: ¡Virgen de los cristianos, ampárame; dame fuerzas para luchar y condúceme á seguro puerto!

No bien había concluido esta corta pero sincera plegaria, cuando Mored-Alid se presentó en la estancia, gozoso el semblante y con alegre cara.

—Bella Zulima, exclamó el moro, por tu padre habrás sa-

bido como cumplí mi oferta de batir á los cristianos; por el prisionero habrás visto que seguí tu consejo de no ser sanguinario. Por este hecho de armas mi padre y Bohabdil se han reconciliado, y al presentarme al rey me ha preguntado qué recompensa quería; le he contestado que tu mano siempre que tú accedieses, y enterado por mí de tus negativas, traigo orden para que tu padre y tú vayáis á Granada, pues quiere Bohabdil hablarte y ver si vence tu repugnancia.

Suspensa quedó la joven con tal noticia; pero considerando que lo que la convenía era ganar tiempo, contestó:

—Está bien, dí al rey que mañana al medio día estaremos en Granada. Y deseando averiguar la suerte de su amante, dí al rey, añadió, que levante á mi padre cuanto antes la carga del prisionero, pues á sus años no está para tales cuidados, ni yo quiero tales impertinencias.

—El prisionero mañana al caer la noche será conducido á Granada. Mas dime, encantadora huri, ¿puedo esperar tu amor?

—Te he dicho siempre que jamás, te lo repito, añadiéndote que ahora menos que nunca, que tal vez tu amor haya perjudicado á tu cariño, y que te perdono la insistencia de tus deseos en gracia del inmenso bien que me has proporcionado, de la eterna felicidad con que has inundado mi alma. Pero quererte es imposible, la muerte primero, y al pronunciar tal palabra salió rápida del camarín, dejando en él absorto y confuso al moro con lo que acababa de oír y envuelto en un mar de conjeturas.

V.

LA PREDICCIÓN.

Terrible y amenazadora cerró la noche del día que vamos narrando. Cubierto el cielo de espesas y oscuras nubes, presentíase á lo lejos formidable tempestad que, cual voz imponente del Supremo Hacedor, iba á resonar sobre la dormida tierra para dar á conocer á los mortales la pujanza de su Criador. Callada reposaba Granada, tranquilo el campamento de los Católicos Reyes, silencioso el castillo de Muley-Assen. Nada turbaba el silencio aterrador que por doquier se hallaba. Y la tormenta se acercaba mas y mas hasta estallar por completo. ¡Horrible majestad! Retumba el trueno, brilla el relámpago, se cruza el rayo, se desencadenan las cataratas del cielo y parece que el fin del mundo llega. Dan las doce: reina la tormenta en todo su esplendor. Blanca sombra, semejando á espíritu infernal ó terrible fantasma, sube pausadamente una estrecha vereda que á la cima de una montaña conduce. Cual si ésta fuera virgen floresta, las ramas impiden el paso por todas partes, la espesura hace casi impenetrable aquel agreste sitio. Á la luz de un relámpago distingue que el nocturno viajero es sectario de Mahoma, es, en fin, Mored-Alid. ¿Á dónde va á aquellas horas? ¿Á dónde á aquellos sitios? ¿Á dónde con tan desecho temporal? Pocas palabras bastarán para ponernos al corriente.

En lo alto de una montaña y no lejos de Granada, existe una cueva profunda, morada constante de un anciano judío llamado Benisenmuef, gran conocedor de las ocultas ciencias. Los astros son para él conocidos familiares, la alquimia, la quimica, la quiromancia, etc., etc., son compañeras inseparables de tal hombre, el que con tan poderosas palancas adivinaba el porvenir y predecía los destinos. Era por lo tanto un verdadero nigromante y hechicero.

Recordemos la situación de Mored-Alid. Las últimas palabras de Zulima habían despertado vaga sospecha en su alma, mas no encontraba razones claras que le dieran la interpretación de aquel enigma.

Largo tiempo estuvo en el camarín de Zulima dando vueltas á sus pensamientos, hasta que al fin tomó la resolución de ir á media noche á la morada de Benisenmuef y consultar sus dudas y oír su destino. Supersticioso hasta lo increíble Mored-Alid (como todos los de su raza), creía en la verdad de la nigromancia, y por lo tanto no dudaba que Benisenmuef podría marcarle exactamente su destino. ¡Tristes consecuencias de las falsas religiones!

Llegó á lo alto de la montaña, y oculta entre malezas vió una gran piedra que guardaba sin duda la entrada de la caverna. Acercóse á ella, y en el centro distinguió á favor de la brillante luz de los relámpagos una plancha de metal. Dió sobre ella sonoro golpe con el puño de su alfanje, y al mismo tiempo se oyó una voz estridente y chillona que decía:

—Entra, Mored-Alid.

Atónito se quedó el joven de ser conocido y esperado en tal sitio, mas dando seguros pasos penetró en la estancia, y aunque valiente no pudo menos de retroceder al ir á entrar en ella: tal era el aspecto amenazador y terrible que presentaba. Ocupaba el centro un gran sitio de forma desconocida en aquellos tiempos; por doquier se hallaban esparcidos instrumentos químicos, redomas, retortas, fuelles, vasijas, libros, cartas, reptiles, esqueletos humanos, cuerdas, útiles y enseres con distinta forma, todo en confuso desorden y desarreglo. En medio un grande telescopio ocupaba sitio preferente, apoyando uno de sus extremos en una claraboya que á guisa de ventana daba escasa luz á tan lúgubre mansion: todo revelaba las constantes tareas del judío. Repuesto algún tanto Mored-Alid de la primera impresión, fijó su vista en el dueño de tal morada y hallóse con un anciano de gran estatura, sumamente delgado, demacrado semblante, larga y blanca barba, vestido caprichosamente de negro, chispeantes ojos, pálidas y descarnadas manos. Miráronse fijamente ambos interlocutores, rompiendo al fin el silencio Mored-Alid de esta suerte:

—¿Pues me conoces y sabías mi llegada, sabrás á lo que vengo?

—Sí; quieres saber tu destino y el resultado de cierta empresa que te agita.

—Es cierto; así, pues, haz mi horóscopo.

—¿Estás resuelto, á escuchar de mis labios la suerte tal cual sea?

—¿Si no lo estuviera, hubiera venido á tal hora y en tal noche á esta rara mansion?

—Espera, pues, dijo Benisenmuef, y dirigióse á un asqueroso é inmundado lagarto que se paseaba tranquilo por aquella estancia, cogiólo, le dió muerte y despues de varias y extrañas operaciones, estendió encima de una mesa los mutilados restos del reptil. Con arreglo á ellos leyó y consultó varios libros, hizo conjuros, etc., etc., y á poco volviéndose á Mored-Alid, exclamó:

—Terrible es tu destino y desgraciado tu horóscopo. Amas á la bella Zulima, hija del sábio y virtuoso Muley-Assen. Ella, por el contrario, te aborrece, es mas, aborrece á todos los de tu raza. Ama la religion cristiana y se hará católica. Tuviste antes de ayer un encuentro con los cristianos, hiciste prisionero á su jefe y lo llevaste á casa de Muley-Assen. Creiste hacer una accion meritoria para conseguir el cariño de Zulima, y, por el contrario, labraste tu propia

desventura. Zulima vió al cristiano se enamoró de él, y el jóven á su vez la amó.

Rui Lope de Herrera (tal es su nombre) llegará á llamarla su esposa, y la bella musulmana al separarse de la corte de Bobabdil será favorita de la reina Isabel. En cuanto á tí, y esto es lo mas terrible, morirás, y morirás defendiendo y protegiendo á el caballero cristiano. Tal es tu suerte.

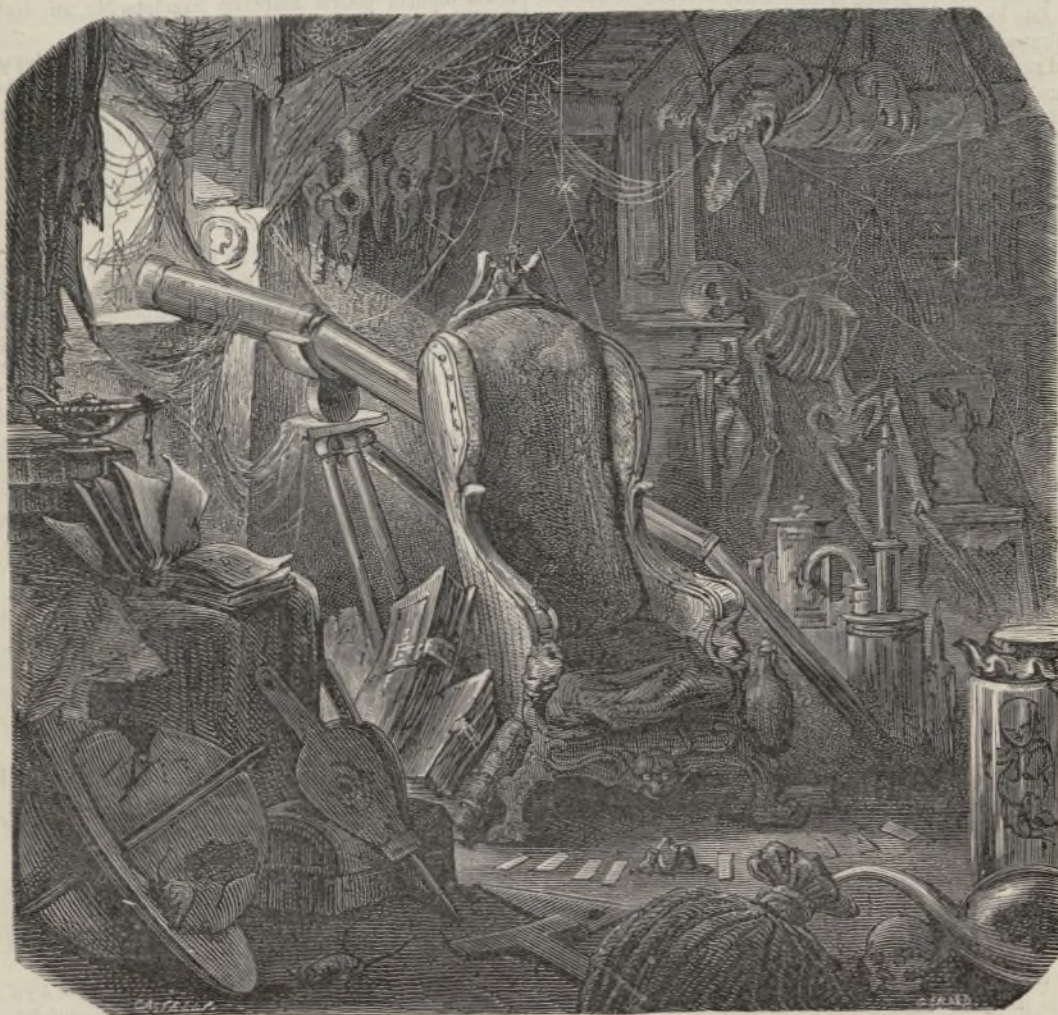
Aterrado quedó Mored-Alid, al oír tan extraño horóscopo, y sin aguardar mas, arrojó una bolsa de oro á los pies de

Benisenmucef, y salió precipitadamente de aquella maldita mansion, donde jamás debió entrar, y tal vez así ignoraría aun su horrible desdicha.

VI.

EL ENCUENTRO.

Volvamos á los felices amantes, que hemos abandonado por breve espacio, para seguir al desgraciado Mored-Alid.



Morada del judío Benisenmucef.

Rui Lope cumplió su oferta y á media noche se presentó en la estancia de Zulima. Esta le aguardaba impaciente, y al verle entrar le dijo:

—Todo es inútil, mi padre no cede, sino que advertido de lo que ocurre, me lleva mañana temprano á Granada y no sé que hará contigo. Es preciso huir, es necesario salvarnos. Tengo tomadas mis medidas, aléjate de aquí; antes de romper el alba saldremos por la puerta falsa y un brioso corcel nos pondrá en breve tiempo en el campamento católico. Una vez allí y consumado nuestro matrimonio, vere-

mos de atraer á mi padre para que se una con nosotros y siga nuestra suerte. Parte, pues, y hasta luego,

—Hasta luego, esforzada campeona de la religion cristiana, contestó el capitan, alejándose.

Mored-Alid luego que se hubo repuesto de la emocion que le produjo su fatal horóscopo, dirigióse á Granada, reunió varios amigos, con ánimo de volver al castillo de Muley-Assen, sacar al prisionero como por encargo del rey y darle muerte: robar á Zulima, y oponerse de este modo al destino, antes de que este pudiera cumplirse.